# THE NEON DEMON. LA CARNE DEVORABLE

Mireia Iniesta

Tradicionalmente el cine siempre ha cargado contra la industria del *show business* en la que fue concebido y a la que alimenta. Pensemos en los trágicos finales de las aspirantes a actrices y de las ya consagradas, como en el caso de *Eva al desnudo* (Mankiewicz, 1950), *El crepúsculo de los dioses* (Wilder 1950), *Ha nacido una estrella* (Cukor 1954), *¿Qué fue de baby Jane?* (Aldrich, 1962) *Opening Night* (Cassavetes, 1977) o incluso *Show Girls* (Verhoeven, 1995). Y ¿cómo no pensar en la ingenua *Betty*, recién llegada a Hollywood, en la inefable *Mulholland Drive* (Lynch, 2001), al ver el principio de *The Neon Demon*?

David Lynch arrancaba los títulos de crédito de *Mulholland Drive* con las joviales imágenes del concurso de baile que abre las puertas de Hollywood a la joven aspirante a actriz, encarnada por Naomi Watts. En ese momento nada hace presagiar el devenir de los acontecimientos que estamos a punto de presenciar. En el caso de *The Neon Demon*, Nicolas Winding Refn, a pesar de la innegable influencia *lynchiana* que manifiesta a lo largo de su último film, resulta mucho más explícito y previsible en la obertura del mismo: una joven adolescente, Jesse (Elle Fanning), aspirante a modelo, es fotografiada cubierta de joyas y sangre. El espectador es capaz de advertir, casi desde ese momento, que esa incipiente estrella está condenada a morir. No será esta la única señal premonitoria: más adelante, la irrupción de una pantera, que se cuela en la habitación de su motel, aparece como la metáfora perfecta del mundo de fieras en el que Jess acaba de penetrar.

Recreando una atmósfera casi idéntica a la de su anterior película, *Sólo Dios perdona*, Winding Refn hace que la protagonista oscile entre espacios angostos, configurados por la más estricta oscuridad y una luz de una blancura insoportable, cegadora y artificiosa. Una luz que representa por un lado, la dura exposición ante los directores de casting, y por la otra, la deshumanizada competición entre modelos. Y quizá esa sea la clave de todo el film: el retrato de lo deshumano desde la posición más fría y aséptica posible. La deshumanización cobra forma en todo lo que envuelve a *The Neon Demon*: en los físicos de las modelos con las que compite la recién llegada, sometidos a múltiples operaciones de cirugía estética, en la llegada de un psicópata asesino al motel de Jess, en el orgasmo frustrado que tiene Ruby (Jena Malone) encima de un cadáver, tras ser sexualmente rechazada por la joven aspirante. Pero el autor de *Drive* no se conforma con

eso, y eleva la deshumanización hasta la enésima potencia al desembocar en el canibalismo. No puede haber mejor manera de representar la descarnada competición entre humanos que a través de la antropofagia generada por un exceso de belleza.

Esa misma pulsión caníbal es retratada, a su vez, desde una perspectiva femenina en la brillante *Grave* (Crudo) por Julia Ducournau. En este caso, la antropofagia es heredada de madres a hijas y motivada tanto por el hambre como por una libido idéntica a la de la Irina de *The Cat People* (Jacques Tourneur, 1942). Por su parte, la también directora Anna Biller presenta en *The Love Witch* una bruja retro, parodiando el cine de terror de los años 60, con inconfundibles rasgos de femme fatale. Empeñada en que los hombres se enamoren de ella para poder reeducarlos y así reformular el concepto de amor romántico, colecciona una buena ristra de cadáveres a su paso, uno ante cada nuevo fracaso, cual mantis religiosa. Y es que el protagonismo femenino en esta 49ª edición del festival de Sitges, lejos de ser heroico, ha puesto de manifiesto toda su carga mortífera.